

Por Miguel de LIZARRAGA

14-15
7/54

Mientras más allá del telón de acero vive, casi en catalepsia, la Iglesia del Silencio, y al Sur de los Pirineos se padece de inflación religiosa, en palabras de "ECCLESIA", el mundo presencia un movimiento renacentista cristiano, que se proyecta en todos los dominios humanos. Recientemente nos hemos ocupado de este fenómeno, recogiendo datos precisos que lo ponen de manifiesto. Procuraremos no repetirnos en este comentario.

En el terreno social, leemos en un editorial de "ECCLESIA", del 22 de Mayo: "Nadie dude ya de la función social que desempeña la propiedad privada, institución que trata de conseguir que los bienes apropiados sirvan para la pública prosperidad y sean el remedio universal de las necesidades de todos los hombres". Esta definición pueden suscribirla todos los grupos de carácter demócrata-cristiano, social-demócrata, socialista o laborista de Europa y los más de entre los liberales. El sólo hecho de que tal coincidencia pueda sentarse sin temor a que la revolución siempre de violencia el suelo continental, constituye un éxito extraordinario para quien ha llegado a tal conclusión partiendo de la caridad cristiana.

Mas el renacimiento católico europeo no se ha aquietado en esas posiciones. La Semana Social de Rennes, convocada para el próximo mes de Julio, tiene por tema para sus deliberaciones la "Crisis del poder y crisis del civismo". Para el movimiento renacentista cristiano, más que derechos del hombre existen deberes sociales que obligan al individuo como persona humana que es. Ante esa perspectiva, no cabe ni la neutralidad ni el abstencionismo. Las actitudes de frivolidad, como las que ocultan la pereza o cubren el egoísmo, no responden al temperamento cristiano, fundado en la caridad evangélica que conduce a la colaboración, a la solidaridad y al sacrificio.

Los días 12 al 14 de Mayo, tuvo lugar en Valencia un Congreso de empresarios católicos. No hemos de ocultar que acogemos con reserva las informaciones que del mismo llegan a nosotros, porque un país en el que no se disfruta de libertad de pensamiento, de expresión, de crítica y de asociación, es lugar más adecuado para celebrar una concentración de amenistas que un Congreso de hombres libres. "ECCLESIA", del 22 de Mayo, escribe de él, admitiendo, como conclusión aprobada en sus deliberaciones, que "la principal obligación de justicia que tiene el empresario respecto de sus trabajadores, es la de entregarles un salario justo, que sea, como mínimo, suficiente para el sustento decoroso de sus personas y familias, y que la forma ideal de abono de este salario es la remuneración íntegra en metálico, por corresponder al obrero, en su condición de hombre libre y responsable de sus actos, la administración del fruto de su trabajo..., contando siempre con su anuencia en la constitución y con su colaboración posterior en la organización de las instituciones complementarias al salario".

Conocemos pocos ejemplos de demagogia más patente. Ni uno sólo de los patronos que, a decir de "ECCLESIA", adoptaron la conclusión transcrita, cumple con lo que proclama ser deber de su propia conciencia. Ni uno sólo de los obreros recibe el sueldo de base mínimo que fijó la encuesta dirigida por el Arzobispo de Valencia, Monseñor Olaechea. Esa demagogia alcanza al Estado franquista que protegió el acto, no menos que a los patronos que tomaron asiento en la sala de conferencias del Congreso. El Ministro de Trabajo destina los fondos de las diversas cajas de servicios sociales a su arbitrio, sin que los obreros tengan otra noticia de esa administración que la de algunas sustracciones de millones que la disidencia de los beneficiarios permitió conocer al público, y la erección de Universidades y colegios laborales, que nadie sabe para qué sirven.

Mas la España franquista no es Europa, y el que en ella se

practique -con invocación religiosa frecuentemente- una indigna superstición, no afecta a nuestra observación, que sólo tiene comprobación plena en países libres, donde pueden reunirse, deliberar y actuar hombres libres.

En Canadá, en ese mundo occidental que nació de Europa, el renacimiento cristiano acusa, además, un volumen creciente de católicos. El Primer Ministro canadiense, jefe del Partido Liberal, es católico. De los 353 miembros que integran el Parlamento Federal de Canadá, 131 son católicos. El Gabinete liberal, que está en el Poder, cuenta 21 miembros, de los cuales 7 son católicos. Si estos Ministros, como los diputados liberales que les siguen, en lugar de ser canadienses hubieran sido españoles, a esta hora se encontrarían, en su mayoría, en prisión o en exilio, en la tumba, porque, en la España franquista, el liberalismo es aún pecado contra todos los Poderes imperantes.

En Montpellier se celebró el 67 Congreso de la Unión de Obras Católicas, en presencia de los Cardenales Feltin y Saliège, de 22 Obispos y de 3 mil sacerdotes y religiosos. El tema del Congreso fué "el sacerdote, ministro de la palabra", estudiándose los problemas de la predicación en el mundo actual y la necesidad de que el sacerdote se acerque en su palabra a las preocupaciones reales que ocupan hoy en la mente, en el corazón y en las necesidades de los laicos que le escuchan. Monsieur Dubois-Dumée, redactor en jefe de la "ACTUALITE RELIGIEUSE", el Padre Danielou, profesor del Instituto Católico de París, Monseñor Courbe, Secretario General de Acción Católica, y Monseñor Dupéray, Obispo de Montpellier, fueron los principales conferenciantes.

Entre tanto, 12 mil 560 estudiantes de ambos sexos, hicieron a pie, saco al hombro, la peregrinación anual a Nuestra Señora de Chartres, acompañados de sus capellanes, encontrando en la Catedral al Prelado de la diócesis, Monseñor Harcouet, y al Obispo auxiliar, Mon-

señor Menard, que acompañaban al Cardenal Feltin, que dijo la Misa y dirigió la palabra a los peregrinos. Peguy inició esta peregrinación en 1913. Aquel año, la hizo él sólo. El año 1935, eran 15 los estudiantes reunidos en Chartres. En 1954, suman 12 mil 560. Estas cifras son elocuentes y reflejan un venturoso renacimiento, porque en París no funciona el "SEU" con afiliación obligatoria, como en la España franquista.

En Lisieux se inició, en 1929, la construcción de la Basílica dedicada a Santa Teresa ^{ita} ~~de Lisieux~~. En 1937, inacabada aún, fué bendecida por el cardenal Pacelli, que dos años más tarde había de ser Pío XII. Este edificio monumental será oficialmente consagrado los días 7 al 11 de Julio, con la concurrencia de 15 Cardenales y 60 Obispos. Mide 104 metros de largo, por cuarenta de fachada, prolongada por la columnata de los claustros, lo que le dá una anchura total de 125 metros. Su altura alcanza 90 metros. Esta obra es fruto de la cooperación voluntaria de los fieles, sin relación alguna con los Presupuestos del erario público, pues que, en Francia, la Iglesia subviene a sus necesidades, con absoluta ~~de~~ independencia del Estado, gracias a Dios. Dos mil iglesias o capillas han sido erigidas ya en 90 países diferentes, con la advocación de Santa Teresa de Lisieux. Es difícil preveer el número de fieles que, tras las ceremonias religiosas, presencien, a la hora del ^{crepúsculo vespertino, el} espectáculo de la luz y del sonido, concebido y desarrollado sobre el modelo de las iluminaciones sonoras de Chambord y Versailles.

El Padre Maydieu, director de la "VIE INTELLECTUELLE", a su vuelta de América pronunció una conferencia en la cripta de Santa Otilia, el 10 de Mayo, cuyo título era un interrogante: "¿Un católico de Francia tiene/^{algo} que aprender de los católicos extranjeros?". Los católicos franceses -decía-, no deben imaginarse, como el fariseo del Evangelio, que su obra es la mejor, la más perfecta, la más avanzada entre

los católicos de todo el mundo. Todos los fieles somos iguales en la estimación del Señor. El que se humille será ensalzado, y el que se ensalce será humillado. Ejemplo magnífico y postura de gran caridad y elegancia, que contrasta con la de aquellos que constantemente proclaman, urbi et orbi, que ellos son los mejores, los más religiosos, los más intransigentes fieles de la Iglesia. No pueden darse cuenta del desastroso efecto que produce -aún bajo el punto de vista puramente humano-, la jactanciosa sentencia puesta en labios de quien no siempre practica la caridad, asegurando que España es la nación más católica del mundo. Por fortuna, esa posición farisaica es excepcional y el renacimiento cristiano se afirma, cada día más fuertemente, en la caridad evangélica que San Pablo predicara a los gentiles.

x x x

Han escuchado nuestros oyentes la lectura del artículo titulado "RENACIMIENTO RELIGIOSO", del que es autor nuestro colaborador Miguel de LIZARRAGA.
